

# La espiritualidad es el aire del mundo

**L**o Espiritu es la única salvación de un mundo que se va precipitando en la asfixia. El aire del mundo es la espiritualidad. Y ésta no es otra cosa que la activación de los dinamismos profundos del espíritu humano, en cuanto es guiado por el Espíritu Santo, alma de toda alma.

Nuestro tiempo tiene necesidad de respirar en la vida, en la libertad, en la vitalidad, de tomar el impulso de Dios y volver a Dios en la teocrocracia, de poner a Dios en el centro de la vida: eso es la espiritualidad. Es la alternativa radical al materialismo, que es el culto de las cosas y el uso del hombre como si fuese cosa. El ejercicio de la espiritualidad implica un cambio interior: poner a Dios en el centro de mi propio yo y esto requiere un entrenamiento. Así es como Pablo lo explica a Timoteo: "Entrénate para ejercitarte en la piedad" (1 Tim 4, 7). Ahora bien, la piedad es tensión hacia Dios que es amor e intimidad con él: y eso es la base de la espiritualidad. Por consiguiente tal gimnasia espiritual se transforma en un camino paciente en la caridad.

El hombre es espíritu encarnado en cuanto es libre, dinámico, tendiente al Absoluto. Y el Espíritu es imprevisible: a menudo irrumpe, rompe los esquemas, empuja a lo insólito, llama a la aventura, es decir a moverse en la dirección del futuro. El es la sorpresa tanto en la vida de la persona como en la vida de la comunidad. Es necesario dejarle las puertas abiertas para acoger la sorpresa. Pero hay una sola cosa que no hace: no fuerza la libertad.

## El Espíritu y la urgencia

El Espíritu es juventud, es arrojo, es entusiasmo, es dinamismo, es renovación, es atracción entre el Padre y el Hijo. Infuso en el corazón del mundo, se hace atracción del mundo hacia el Padre y el Hijo. Es además fuente de armonía que abre el futuro.

El Espíritu como fuerza operante empuja siempre hacia afuera de cada prisión: empuja a Jesús fuera del sepulcro, a los apóstoles fuera del cenáculo cerrado y transformado en una cárcel de miedo. Así, puede liberar a los hombres de hoy de sus nuevas cavernas. Las vicisitudes de la historia bajo ciertos aspectos pueden ser descritas con esta parábola: Del hombre de las cavernas a las cavernas del hombre, que constituyen como la cárcel de su soledad, de su anonimato, de sus angustias, de su incomunicabilidad. Estamos en la era del hombre-caverna.

Anunciar que el Espíritu está obrando es ayudar a nuestras generaciones a introducirse en el camino de la vida. El amor, de hecho, es vida y la vida es amor. Es el amor el que hace todo osado, el que todo lo puede, él es la verdadera fuerza. La violencia es sólo energía aparente. En realidad, es autodestrucción. El que violenta se hace violencia, es decir, coarta el connatural impulso de comunión. El amor es fuerte, irresistible, trastoca, no deja nunca las cosas como las encuentra. El amor transforma, es infinitamente vivificante y estimula a afrontar cualquier sacrificio.

El anuncio que aquí se describe es el del amor humano operante por el Amor, que es el Espíritu Santo, por eso es energía sumamente transformante. Y así, hace capaces a los anunciadores de una entrega total a la Palabra hasta el derramamiento de la sangre, haciendo el testimonio atrevido.

La valentía del testimonio es el gesto de quien permanece plenamente disponible para un sólo Señor, Dios. Su vida y su testimonio no es inofensivo en un ambiente ascético. Es humildemente desafiante.

El hombre de hoy, asfixiado y entumecido tiene que entrar en el cenáculo de Pentecostés. Es urgente acoger la hermosa noticia de que el suspiro de Dios – el Espíritu – puede ser comunicado a los hombres como el aire de su propia vida para alegrar su historia, para captar los signos de los tiempos, para construir los primeros arcos de una "civilización del amor".

*Extraído de Rinovamento nello Spirito Santo (Enero 2003)*

